

1

Todo queda en familia



—Pues yo creo que lo tienen muy, pero que muy chungo —declaró Óscar de pronto.

Sus amigos lo miraron sin entender. Estaban todos concentrados en crear las fichas de sus nuevos personajes para una partida de rol, haciendo rodar los dados y consultando las tablas para seleccionar dotes y habilidades, y llevaban un buen rato sin hablar. Por eso la salida de Óscar los pilló desprevenidos. Sam y Jorge estaban acostumbrados a las ocurrencias de su amigo, pero los otros dos chicos de la habitación no lo conocían tanto.

—¿Qué dice éste? —preguntó Marcos, el máster de la partida.

—No sé, pero seguro que no tiene que ver con su personaje —gruñó Sam; llevaba un par de días de un humor de perros.

—Me refiero a Sara y a las demás —dijo Óscar—. Es que estaba pensando...

—Pues piensas demasiado —cortó Sam—. Ya quedamos en que no es asunto nuestro, ¿no?

—Hombre, un poco sí que lo es —opinó Óscar—. Por lo de los balones y todo eso.

—Mirad, tíos, aquí hemos venido a jugar una partida de rol —cortó Marcos—. Así que, si no os importa...

—No, espera —intervino el quinto de los chicos, un chaval canijo y vivaracho llamado Manuel—. ¿Habláis de Sara, la futbolera? Jo, Marcos, es que no conoces la historia, es genial. Una chica de segundo ha desafiado al profe de gimnasia y a sus niños mimados del equipo de fútbol. Dice que ella y sus amigas son capaces de ganarlos en un partido. Y eso que no saben ni jugar...

—No es así —cortó Sam, saliendo en defensa de Sara a su pesar—. Algunas de ellas juegan muy bien, otras están aprendiendo. Lo único que quieren es formar su propio equipo de fútbol para jugar en la liga interescolar, pero Eloy no las deja.

—¿Porque no saben jugar?

—No, porque son niñas. Según él, el fútbol es un deporte para tíos, así que ni les permite usar las instalaciones del colegio ni piensa apuntarlas en la liga. Por eso Sara se apostó con él a que su equipo de chicas sería capaz de ganar al de los chicos en un partido. Si lo consiguen, demostrarán que valen tanto como ellos y Eloy tendrá que federarlas. Y es verdad que lo tienen complicado: el partido es el sábado que viene y ellas están muy verdes aún.

Manuel lo miró de reojo.

—Estás muy enterado tú —observó.

Sam se encogió de hombros, indiferente.

—Les eché una mano, pero no me lo agradecieron, así que ahora me da igual lo que les pase.

—Bueno, sí que nos lo agradecieron —intervino Óscar—. Lo que pasa es que luego metimos la pata y les fastidiamos los balones sin querer. Y ahora ya no nos hablan.

—¿Podemos cambiar de tema? —protestó Sam.

—Pero es verdad que desafiaron a Eloy, como me habían dicho —insistió Manuel—. Y yo las he visto pelearse con los tíos del equipo de fútbol en el recreo. Puede que hagan el ridículo más espantoso el sábado que viene, pero al menos han tenido el valor de plantarle cara a ese gorila y a sus esbirros de pantalón corto. Que se lo tienen muy creído desde que visten todos iguales, macho. Yo tengo a dos del equipo en mi clase y se han vuelto insoportables, como si fueran los reyes del colegio, así que si esas chicas les dan una paliza...

—Eso no va a pasar —replicó Jorge—. En serio, son muy malas. Le ponen mucha voluntad y todo eso, pero no tienen la menor oportunidad.

—Es que nadie las apoya —se le escapó a Sam—. Cuando yo decidí ayudarlas, entrenaban en el parque en unas condiciones penosas y sólo tenían dos balones...

—Y ahora, gracias a ti, no tienen ninguno —se burló Jorge. Sam se enfadó.

—Bueno, ya está bien, ¿no? Yo no tengo la culpa de que los Halcones descubrieran el pastel. Con la bronca de Sara ya tuve bastante, no hace falta que me machaques tú también.

—Robamos algunos balones del almacén del material del cole —les explicó Óscar a Marcos y Manuel—. Y Sam se los llevó a las chicas, diciendo... ¿cómo era aquello?

—Que estaban de rebajas —completó Jorge retorciéndose de risa—. Ellas no sospecharon nada, pero los del equipo de chicos se dieron cuenta de la jugada, volvieron a llevarse los balones y encima les pincharon los dos o tres que ellas tenían.

—¡Qué mala uva! —soltó Manuel, que seguía la historia con interés.

—Y por eso digo que lo tienen chungo —resumió Óscar—. Porque por nuestra culpa ni siquiera tienen balones para entrenar.

—Eh, eh, para el carro, no todo es «por nuestra culpa» —se defendió Sam—. Mejor dí que «gracias a nosotros» tienen un sitio estupendo para entrenar fuera del colegio.

—Nosotros las llevamos hasta el solar, es verdad, pero ellas lo arreglaron totalmente sin ayuda —le recordó Óscar.

—Eso es cierto —reflexionó Jorge—. En su momento nos pareció que enseñándoles el solar ya habíamos hecho bastante, pero después de lo de los balones... no sé. Si por lo menos hubiésemos echado un cable con lo de la limpieza...

—O sea, que si pierden el partido del sábado será culpa vuestra —dedujo Manuel.

—Tampoco te pases, ¿eh?

—Apasionante —bostezó Marcos—. Mirad, reconozco que si alguien les da una paliza a esos cretinos y deja a Eloy en evidencia seré el primero en alegrarme, pero no me interesa tanto el tema como para seguir retrasando una partida de rol. Así

que el que no me entregue la ficha en menos de cinco minutos, no juega. *Capisci?*

Los cuatro chicos se concentraron en sus respectivos personajes. La partida resultó emocionante, divertida y muy larga, como suele ocurrir; sin embargo, Sam no pudo disfrutarla. No hacía ni tres días del desastre de los balones y de su discusión con Sara, pero él había hecho todo lo posible por olvidar el tema, por no mencionarlo siquiera, como si así pudiera echar a Sara y a sus amigas de su vida en un abrir y cerrar de ojos.

Estaba claro que no iba a resultar tan fácil.

Cuando los chicos se despidieron con la promesa de continuar la partida al día siguiente y Sam se quedó solo, decidió, de pronto, pasar por el solar antes de regresar a casa.

«Esto es una tontería», se dijo mientras caminaba por el barrio a paso ligero. Atardecía ya, y seguro que las chicas no estaban allí. ¿Cómo iban a entrenar sin balones? Sin embargo, aunque le costaba reconocerlo, se sentía un poco culpable y lamentaba haber discutido con Sara. Quizá si la pillara a solas podría pedirle disculpas, podrían hacer las paces...

Cuando estaba a punto de llegar al solar que Sara y sus amigas habían acondicionado como campo de entrenamiento, se detuvo en seco en medio de la calle. Oía voces al otro lado de la empalizada, voces alegres de chicas, y reconoció algunas de ellas. No cabía duda de que el equipo de Sara estaba allí. Pero ¿cómo podían entrenar sin balones, y por qué parecían tan contentas?

Escamado, Sam se asomó por encima de la valla con precaución. Vio a sus amigas jugando al fútbol en el solar, y contó

no menos de cinco balones rodando por allí. También descubrió, con sorpresa y horror, a un hombre adulto en chándal que las observaba desde la banda y gritaba instrucciones de vez en cuando. Llevaba un silbato colgado al cuello, y cuando lo hizo sonar, las chicas dejaron el ejercicio y se reunieron en torno a él. Sam las contó: estaban todas. La organizada y responsable Vicky; Jessi, el as del baloncesto que quería probar algo nuevo; Eva, siempre alegre y optimista, y siempre dispuesta a jugar al fútbol; la pacífica y tranquila Fani, que se había apuntado al equipo con la esperanza de perder algo de peso; las inseparables amigas Ángela y Alicia, más interesadas en trapos y en chicos que en el fútbol en sí; Julia, que jugaba muy bien pero era un caso de timidez patológica; Alex, también buena jugadora, pero con fama de ser más bruta y masculina que la mayor parte de los chicos; Carla, ex gimnasta, pequeña y vivarachita, pero de genio muy vivo; la guapísima Mónica, que estaba en el equipo porque quería demostrar que era algo más que una cara bonita; y por supuesto Sara, la que las había reunido allí, la que había desafiado a Eloy y a los Halcones y la que luchaba día a día por crear un equipo de fútbol femenino en el colegio. Sam siguió espiándolas, entre esperanzado y receloso. Una parte de él se alegraba de que, al parecer, las cosas les fueran bien. Pero no podía evitar contemplar la escena con suspicacia. ¿De modo que no lo necesitaban? ¿Así que no sólo se las habían arreglado para conseguir nuevos balones, sino que, encima, tenían hasta entrenador? Y a todo esto, ¿quién diablos era aquel tipo?

Aún escondido, Sam escuchó cómo el nuevo entrenador

daba unas últimas instrucciones a las chicas y las citaba para el día siguiente. Su parte rencorosa sonrió cuando ellas protestaron por la hora: itenían que presentarse allí a las seis de la mañana! Pero el entrenador les dijo que quedaba muy poco tiempo y que había que aprovecharlo, y ellas aceptaron a regañadientes.

Sam se escondió tras la esquina cuando las chicas, una por una, fueron saltando la valla para regresar a casa. Decidió que no se marcharía sin hablar con Sara. Como esperaba, ella saltó la empalizada en último lugar... pero acompañada por el entrenador. Para consternación de Sam, parecía que iban a marcharse juntos. Bueno, ¿qué diablos? ¡No iba a echarse atrás sólo por un adulto en chándal! Además, quizá fuera un tipo peligroso. Un hombre adulto que pasa todo el día en un solar aislado con una docena de chicas de trece años... muy sospechoso.

De modo que salió de su escondite y carraspeó sonoramente detrás de Sara. Ella y su acompañante se volvieron, y la cara de la chica se ensombreció al verlo.

—¿Qué quieres ahora, Sam?

—Yo también me alegro de verte —repuso él con cierta aspereza—. Sólo quiero hablar contigo un momento... si te dignas a concederme una breve audiencia, oh, reina del balón.

Vio cómo Sara apretaba los dientes, molesta.

—Bueno, pero más vale que sea breve de verdad.

El entrenador asintió y dijo:

—Voy caminando y ya me alcanzarás, ¿vale?

Sam no pudo evitar lanzarle una mirada envenenada. ¿Qué clase de confianzas eran ésas?

—Habla —suspiró Sara.

El chico esperó a que la figura del hombre del chándal se perdiera entre las sombras. Teniendo en cuenta lo bien que parecían irles las cosas a las chicas, probablemente no hiciera falta pedir disculpas, pensó con cierto rencor. Así que dijo:

—Sólo quería decirte que me alegro de ver que habéis recuperado los balones.

—No «los hemos recuperado», son balones nuevos —replicó ella—. Y los hemos conseguido de forma legal, para que lo sepas.

—¿Ah, sí? ¿Y quién os los ha regalado, vuestro nuevo entrenador?

Los hombros de Sara se alzaron de pronto, como si hubiese recibido una pequeña descarga eléctrica.

—Pues sí, ¿qué pasa?

Sam debería haber detectado, por el tono de voz de ella, que estaba pisando terreno resbaladizo; pero le molestaba que Sara no le diera tregua, que siguiera tratándolo casi como a un criminal, y siguió, embaldado:

—¿Y qué os ha pedido a cambio? ¿No te parece sospechoso que un tío os ayude así, por el morro? Yo en tu lugar no me fiaría, Sara. Ten cuidado, porque seguro que tiene malas intenciones...

Ella le lanzó una mirada dolida.

—Ese «tío con malas intenciones» se llama Germán y es mi padre, imbécil —replicó—. Así que habla de él con un poco más de respeto, si no te importa.

—¿Tu... padre? —balbuceó Sam. Entendió que había metido

la pata hasta el fondo, pero ya no sabía cómo salir de aquel atolladero—. Bueno, pues... mejor, ¿no? Así todo queda en familia.

—Mucho mejor —aseguró Sara molesta—. Mejor, desde luego, que cuando tú nos «ayudabas» ofreciéndonos solares llenos de desperdicios y balones robados. Y mira, si no tienes nada más que decir, mejor me voy, ¿vale? Me esperan en casa para cenar.

Sam quiso añadir que lo sentía mucho, que se alegraba de que las cosas fueran mejor... pero el orgullo se lo impidió y sólo asintió con la cabeza, ceñudo, y se despidió:

—Claro, no los hagas esperar. Hasta otra.

—Hasta otra, Sam —respondió Sara, pero no había calidez en su voz.

El chico la vio dar media vuelta y salir corriendo para reunirse con su padre. Con un suspiro, él a su vez decidió regresar a casa, donde seguro que le esperaba una regañina por llegar tarde. Pero aquella noche no le importaba. Volvía a sentirse dividido: por una parte se alegraba por Sara y sus amigas; por otra, le daba rabia que no hubiera sido él quien las sacara del apuro.

—Bueno, ¿y a mí qué más me da? —gruñó para sí mismo—. Que se las apañen ellas solas, ya que les va tan bien sin mí.

Sara, por su parte, tampoco había quedado muy contenta con Sam tras la conversación. Ahora que las cosas parecían ir mejor, habría estado dispuesta a perdonarlo por el asunto de los balones si él se hubiera tomado la molestia de mostrarse un poco más amable y un poco menos presuntuoso. «¡Bah! —pensó desdeñosamente—. ¡Chicos! ¿Quién los necesita?»

Entonces acudió a su mente una imagen de Héctor, el capitán de los Halcones, corriendo tras el balón con su impecable estilo, y sacudió la cabeza. «Céntrate, Sara, son el enemigo —se recordó—. Y además, por culpa de esos idiotas nos quedamos sin balones, así que no se merecen ni una oportunidad.»

Pero aquella noche le costó dormir. No sólo por lo de Sam, sino también porque había sido un día lleno de emociones. Los balones nuevos... el primer entrenamiento con su padre... La verdad era que no había estado mal, aunque habían entrenado muchas horas seguidas y algunas de las chicas se habían quejado. Bueno, pero no era para tanto, se dijo Sara. Tendrían muy poco tiempo para entrenar antes del partido contra los chicos, así que era normal que su padre les metiera caña, ¿no? Desde luego, ella misma había trabajado como la que más, y no había recibido ningún trato de favor sólo por ser la hija del entrenador. Con tal de aprender y de estar preparadas para el gran partido, Sara estaba dispuesta a trabajar todo lo que hiciera falta.

Al día siguiente, sin embargo, ya no pensaba igual. El despertador sonó a las cinco y cuarto de la mañana y Sara lo apagó a regañadientes. En su vida había madrugado tanto un domingo, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para levantarse de la cama. Y encima, cuando lo hizo descubrió que tenía agujetas por todo el cuerpo. Gimió por lo bajo, preocupada. Llevaba ya casi un mes entrenando con el equipo y nunca había tenido agujetas. Y ahora le dolía todo, hasta algunos músculos que ni siquiera sabía que existían. Suspiró resignada y se puso el chándal. Se asomó en silencio al pasillo. Una parte de ella de-

seaba que su padre se hubiese quedado dormido, pero no hubo suerte: los ruidos que se oían desde la cocina indicaban que no sólo se había levantado ya, sino que estaba preparando el desayuno.

—¡Buenos días! —la saludó con una energía que Sara estaba lejos de sentir; ella gruñó algo en respuesta mientras se sentaba a la mesa frotándose un ojo—. ¿Estás lista para darle al balón?

—No —murmuró ella bostezando—. Papá, es muy pronto; seguro que ni siquiera han puesto las calles todavía —protestó—. ¿Era necesario quedar a estas horas?

—¡Pero Sara...! —se escandalizó él—. ¡Éste va a ser el último entrenamiento que hagamos juntos antes del partido contra el equipo masculino! El resto de la semana no podré estar presente y dependeréis de Vicky para que os dirija... ¡así que no podemos perder ni un minuto! Vamos, ¿a qué esperas? ¡Bébetelo zumo!

Sara obedeció sin mucho entusiasmo. Por fin, arrastrando los pies, siguió a su padre hasta la calle y luego hacia el solar. Germán llevaba la malla con los balones colgada al hombro y tarareaba una canción. Sara comprendió que a él le hacía más ilusión que a ella misma ser su entrenador. Ciertamente, debía haber mucha diferencia entre el fútbol profesional y su pequeño equipo de aficionadas, pero era fútbol al fin y al cabo, y se notaba que a él le traía buenos recuerdos. Sara tragó saliva y se prometió que haría todo lo posible por no decepcionarlo. Después de todo, sólo sería un día. El resto de la semana volverían a entrenar solas, al menos hasta el partido contra los chi-

cos. Después... bueno, Sara no sabía qué pasaría después, pero casi seguro que su padre relajaría un poco los entrenamientos. Apretó el paso para colocarse a su lado y él le sonrió. Parecía un niño con zapatos nuevos y, por alguna razón, a Sara le dio mala espina.